

la cultura del pueblo

j. artillo

La cultura es punto central, básico e insustituible del ser humano. Le ayuda a cobrar confianza en sí mismo frente a los demás hombres y frente al mundo. No para oponerlos como enemigos, sino para realizarse conjuntamente en el marco de la comunidad.

De esta misma dimensión ontológica, nace la exigencia irrenunciable de todo hombre a la cultura y, consecuentemente, el derecho que toda moderna declaración de principios ha admitido y corroborado.

cultura y ciencia

Sin embargo, antes de continuar, es necesario determinar con precisión el alcance y significado de algunos términos.

Y ante todo el concepto de cultura.

Frecuentemente se identifica con el "saber cosas", con la instrucción científica o conjunto de conocimientos técnicos y humanos aplicados al progreso del mundo.

La cultura, sin olvidar este aspecto, es algo más medular que nos sitúa ante los demás y ante el mundo con un conjunto de valores, de actitudes y de comportamientos. Esta diversa manera de enfocar nuestro encuentro con los otros hombres y con el mundo, es lo que diferencia las diversas matizaciones de la cultura. De ahí, que pueda hablarse, como de algo distinto, de la cultura griega, romana o medieval.

Con todo, la diferencia entre "cultura" y "ciencia", no quiere decir que ambas se excluyan. Ninguna cultura, puede despreciar la ciencia porque con ello comprometería definitivamente la evolución del mundo. La cultura engloba a la ciencia, necesita muchas veces de ella para expresarse y formularse y, al mismo tiempo, la orienta y la condiciona según sus propios valores y actitudes.

Hecha esta salvedad, pasemos a analizar la cultura del pueblo, especialmente sus valores positivos. No excluimos, por tanto, la existencia de una serie de contravalores y defectos, fruto de la universal deficiencia humana y que, por otra parte, pueden encontrar su justificación en la anonadante situación opresiva que soporta.

el pueblo y la cultura

Pocos estratos sociales son hoy tan conscientes del derecho del hombre a participar en la marcha ascendente del mundo a través de la cultura y la formación técnica y humana, como la clase obrera y trabajadora, el pueblo consituído, en frase de Jacinto Martín, por el conjunto de los débiles.

Este pueblo, de honda tradición cultural (pensemos en el folklore, la artesanía, las instituciones gremiales, etc.), se vió histórica e injustamente marginado de la evolución y desarrollo de las ciencias que a raíz de la revolución humanista del XVI y la revolución ilustrada del XVIII se transforma, junto con el poder político y el económico, en un privilegio heredado.

El capitalismo liberal aprovecha esta situación del pueblo para su explotación. El siglo XIX es el testigo excepcional de dicha opresión.

A partir de 1848, el pueblo toma conciencia colectiva de su situación. Comienza entonces esa sangrienta y sobrecogedora marcha de la promoción del pueblo que, lentamente, va conquistando posiciones: jornada laboral, trabajo de mujeres y niños, salarios, sindicatos, etc. Desde un principio, los líderes más perspicaces de este movimiento se dan cuenta que dicha promoción, para ser integral, ha de acceder también al mundo de las ciencias técnicas y humanas. Pero no de cualquier forma, sino según los valores, las actitudes y los comportamientos de la cultura del pueblo.

la cultura del pueblo

El pueblo posee una psicología fraguada en el sufrimiento, la pobreza y la lucha. Dicha mentalidad, cuando no se la mixtifica con elementos extraños, se objetiva en unos contenidos, más o menos conscientes —a veces de forma especialmente instintiva—, que determinan su cultura de clase o grupo. Existe, pues, una cultura del pueblo, una manera de ser y expresarse, de comprender al mundo y a los demás, cuyos elementos son ajenos a nuestro medio burgués y sin los cuales la sociedad sería gravemente deficitaria. ¿Cuáles son esos valores?

Sin pretensiones exhaustivas, insinuaré, al menos, unas líneas generales que son básicas para la comprensión de la cultura del pueblo.

1. LA SOLIDARIDAD.

Es la pieza clave de la cultura popular. Esta, tiene un marcado acento “horizontal” que alcanza, a ser posible, a la totalidad del pueblo y que se propone su promoción colectiva.

Esta dimensión solidaria de la cultura popular ha de condicionar los conocimientos científicos —por muy altos que sean—, y llevarlos a rendir en favor de la comunidad, no en provecho propio. La verdadera formación del pueblo impulsa a un servicio humilde y encarnado donde los conocimientos adquiridos no se utilizan como pedestal egoísta, sino que se colocan a la disposición del pueblo y une a éste en su lucha afrontando las mismas consecuencias y riesgos.

Queda, por tanto, fuera de órbita popular, una cultura, unos conocimientos que consciente o inconscientemente, lleve a la evasión, al desclasamiento. La evasión, que es un triunfo de ciertos individuos sobre la multitud de su medio oprimido, es también un implícito desprecio de lo que el pueblo es y significa.

Con demasiada frecuencia, instituciones culturales a las que han accedido ciertos elementos del pueblo, no han servido sino para alejarlos de su mundo. Dirigidos por personas ajenas a la mentalidad y problemática del pueblo, han proporcionado unos conocimientos o una técnica que han sido utilizadas individualmente para

promocionarse en la vida, pero sin sentirse solidarios de las angustias y esperanzas de los pobres.

Las consecuencias, como tantas veces, las ha sufrido el pueblo, que se ha visto privado de elementos valiosos. "Una de las peores hipótesis que amenazan al pueblo, a mi parecer, es la de una tecnocracia hábil, que descremaría sistemáticamente el mundo obrero y el mundo rural de sus elites naturales. Ensayos mal comprendidos y mal llevados de cultura popular podrían obtener este resultado desgraciado" (1). La verdadera cultura popular actúa inversamente. No sólo no procura la evasión, sino que lleva a un sentido de solaridad y procura armas intelectuales que hagan más eficaz la acción en favor del pueblo.

La cultura que olvida esta dimensión, que no profundice y haga hincapié en ella, no será auténtica cultura del pueblo. Y esta aspiración no es utópica. La existencia en España de militantes comprometidos y encarnados en el pueblo, renunciando a fáciles cantos de sirenas, son la mejor confirmación y esperanza.

2. EL DINAMISMO DE LA ACCION

Este aspecto tiene estrecha relación con el anterior. Es un efecto concreto de esa solidaridad comunitaria que busca la promoción colectiva. Mientras no se alcancen unas metas mínimas de libertad y justicia, tal promoción resulta utópica. Hacia este objetivo se dirige la acción del pueblo.

Decía antes que la cultura es una concepción global del mundo y de los hombres. Pues bien, el pueblo tiene una noción de la sociedad y de la historia de signo dinámico. Psicológicamente el estatismo no puede conciliarse con la aspiración de los desheredados. Han sido el hambre y sed de justicia de los pobres, los que en tantas ocasiones han servido para librar al mundo del conformismo y de la comodidad instalada. Recuérdese, sólo por vía de ejemplo, los grandes movimientos sociales que van desde la revolución esclavista de Espartaco a la llamada "marea negra" de algunos estados americanos. Es evidente, que algunos aspectos concretos de estas acciones no podrán ser bautizados, pero no se puede negar la intención de justicia que las orienta.

Decía Roviroso que la promoción cultural del pueblo es una "marcha hacia la libertad". Pero la libertad, como la justicia y la verdad, es un don que es preciso conquistar. Es un bien que no se concede fácilmente. Y luchan por él y lo consiguen quienes viven en la opresión y la pobreza.

La cultura del pueblo debe empujar a la sociedad hacia situaciones de justicia y de libertad. De ahí su papel providencial e insustituible. Un intento de formación del pueblo, a través de la técnica y el pensamiento, debe orientarse en esta línea de compromiso y lucha contra la opresión y la injusticia. En este sentido la cultura del pueblo, es una cultura revolucionaria.

3. LA ENCARNACION EN LO CONCRETO.

Quisiera insinuar aquí el punto de partida de la cultura del pueblo.

Uno de los grandes defectos de otras formas culturales es el excesivo dominio que en las mismas cobra un racionalismo de abstracciones que conduce a una problemática de sutilezas falta, mucha veces, de contenido real.

La cultura del pueblo se inscribe en la vida, en situaciones prácticas y determinadas. No podría ser de otra manera, ya que el pueblo está condicionado por un trabajo que diariamente le enfrenta con la resistencia de la materia. El mundo de lo concreto configura aspectos decisivos de su existencia que a la hora de expresarse ilumina sus formulaciones alejándolas de divagaciones marginales.

Parte de la inmediatez de la vida para enfrentarse a ella en pugna con sus dificultades en un intento de solución. Por ello, la formación del pueblo no puede ser una mera información de datos y conocimientos, sino que ha de insistir en la formación del juicio, en una actitud madura de crítica ante las situaciones concretas de su problemática personal.

Por esta razón, que podríamos llamar de método, han conectado tan íntimamente ciertos elementos del pueblo (quienes los han cultivado) con los sistemas de grupos y revisión de vida. Partiendo de lo real y concreto, llegan rápidamente, a través del juicio, a una acción localizada e inmediata. Y es que la cultura del pueblo no incide simplemente en el "saber", sino sobre todo en el "ser"; ser realmente de cara al mundo y los demás con una actitud vital de comprensión y diálogo.

4. OTROS ASPECTOS.

Los puntos anteriormente tratados son en verdad fundamentales para un conocimiento y valoración de la cultura del pueblo. Pero no son los únicos. Con la brevedad que exigen estos apuntes, no quiero dejar de enumerar otros aspectos básicos.

La *naturalidad* y la *sencillez*, son piezas maestras de la expresión del pueblo, que se manifiestan en el lenguaje llano y directo, sin divagaciones, matizado de profundas expresiones de sabiduría popular con las viejas resonancias de nuestro refranero; en la sinceridad de sus relaciones sociales que sabe mantener unas líneas generales de educación, a veces maravillosas, pero que es ajena al ritualismo vacío de unas formas convencionales; en los gestos de solidaridad, de camaradería en el trabajo, sin sombras de paternalismo, sino como la expresión más evidente de una situación y un dolor compartidos.

La *austeridad* y la *capacidad de sufrimiento*, a veces tal vez impregnadas de fatalismo, como una herencia de la historia de la injusticia, pero que han dejado una huella definitiva en la dimensión del pueblo. La pobreza, la resistencia ante el dolor y el trabajo, el entrañable esfuerzo por la mujer y los hijos, etc., son algunas de sus manifestaciones.

Hay un valor en la cultura del pueblo, cuya importancia no es pequeña y sin embargo se le olvida con frecuencia. Me refiero al *sentido de lo bello* y de lo *poético*. Sus expresiones son, con frecuencia, precisas, imaginativas y plenas de armonía. Conservo en la memoria algunas de estas frases y comparaciones que explican el milagro poético de un Miguel Hernández o ciertas expresiones de los personajes de García Lorca.

No podría seguir enumerando todos los valores de la cultura del pueblo. Los que aquí señalo son suficientes para comprender su riqueza y la profundidad de su aportación a nuestra sociedad que acusa un déficit alarmante en casi todos estos aspectos. Se precisa, pues, una más amplia y fácil permeabilidad social de manera que todos los grupos que la integran pudieran expresar y participar los bienes

poseídos. Todos nos beneficiaríamos de esta integración. Pero la situación actual hace muy problemática esta posibilidad. . .

cultura del pueblo y sociedad burguesa

Son varias las razones que hacen problemática esta permeabilidad. La cultura de la sociedad burguesa, imperante en los medios privilegiados de la España de hoy, impiden la manifestación espontánea de la verdadera cultura del pueblo o, en el mejor de los casos, se despreocupa de ella, demasiado confiada y orgullosa de sus propios valores.

Factores de esta oposición burguesa a la cultura del pueblo, son ante todo las mismas características de esta cultura de los privilegiados a la que es preciso rechazar en sus manifestaciones más salientes.

Es una cultura individualista basada en el provecho personal sin consideración social alguna. El excesivo despliegue de abstracción racionalista la ha conducido a esta actitud insolidaria. "El subdesarrollo de lo afectivo —se ha escrito—, hace pronto devenir a la educación burguesa a ser una mera preparación para la elevación personal. Se convierte en una simple instrucción que capacite al individuo para la lucha por la vida, donde el prójimo es casi siempre un competidor" (2). De esta manera, cuando ciertos elementos del pueblo han accedido, por medio de becas y ayudas oficiales, a ciertas instituciones docentes (universidad, colegios, escuelas profesionales, etc.), con demasiada frecuencia no han servido sino para promocionarlos individualmente, desclasándolos de su medio y proporcionándoles una cultura que no es la del pueblo, ni la que el pueblo necesita.

Es, además, una cultura conservadora, en el sentido peyorativo de la palabra. Conservadora porque sirve para mantener una situación establecida, un orden injusto en el que los hombres no viven los lazos de comunión sino el enfrentamiento y la explotación de unos por otros. Así, los conocimientos de la cultura burguesa sirven para investigar y explorar parcelas desencarnadas del conocimiento humano que, sin duda, tendrán su importancia pero que desde luego no poseen la urgencia que exigen ciertos planteamientos: distribución de la propiedad, injusticias de precios y salarios, estructuras políticas, sindicales y económicas.

Es, finalmente, una cultura formalista y legalista que, atada a unas normas y comportamientos convencionales, desprecia como inconveniente y chabacana aquellas formas expresivas más llanas y auténticas, alzando así una barrera infranqueable a la manifestación social del pueblo.

Pero esta oposición a la cultura del pueblo, no se detiene en las mismas características de la cultura burguesa. Opera también un factor decisivo: la concepción que la burguesía tiene de la cultura del pueblo.

La confunde con lo "populachero" y lo ruidoso. Se fija exclusivamente en los aspectos folklóricos y artesanos, para darles una utilización comercial y turística que redunde en provecho propio. Piénsese en las extrañas mixtificaciones con las que se ha teñido y, en gran parte, desvirtuado las fiestas y costumbres de nuestros pueblos, sus bailes, la casi totalidad del flamenco, etc., todas ellas expresiones de la más honda tradición de la cultura del pueblo.

Y junto a todo lo anterior, como un agravante más a la permeabilidad deseada, la desvirtuación que la cultura burguesa hace de la cultura popular desviándola hacia objetivos interesados, hacia lo que hoy se conoce como "cultura de masas". Es preciso analizar este punto porque su influencia, merced al milagro expansivo de la televisión y otros medios de comunicación social (cine, prensa, radio) se va extendiendo de modo particular por el área del llamado mundo occidental y alcanza de lleno a España.

La cultura de masas, aunque ha extendido y popularizado una serie de conocimientos y beneficios, no se identifica con la cultura del pueblo, y posee además serios inconvenientes que conviene advertir. La masa es una degradación, una despersonalización del pueblo. Tal despersonalización ha sido alentada en gran parte por el neocapitalismo de nuestros días para dar salida a sus productos en el mercado.

Apoyándose en los descubrimientos de la psicología social, se ha instrumentado una habilidosa campaña de publicidad, no muy lejana de las reacciones condicionadas de los perros de Paulov. Se ha extendido entre la muchedumbre un concepto burgués de la vida, basado en la felicidad personal que proporciona el dinero. Se le ha imbuido un concepto de la vida alienante, evasivo y materialista fundamentado en el erotismo, las modas, la violencia, el cine de ciencia-ficción, el mito occidental, etc., de marcado cuño burgués. Y como base de lanzamiento, la emulación en el confort y la creación de necesidades que ha venido a agudizar la trágica situación de las economías débiles.

Así aparece y se canta elogiosamente, esta elevación material de una sociedad de consumo, cuyos fines y métodos han hecho poco servicio al pueblo. "La determinación explícita de crear nuevas necesidades para asegurar mercados (científicamente extendidos en función de inclinaciones oscuras de la persona muchas veces) demuestra claramente que el consumidor es un medio y no un fin" (3).

conclusión

Quedan insinuadas aquí las líneas y dificultades de la cultura del pueblo. Una cultura cuyas manifestaciones, muchas veces, arrancan de viejas épocas históricas, que se han venido forjando al contacto con el sufrimiento y la lucha del pueblo, que poseen, por ello, una madurez y una riqueza incomparables: el sentido de la solaridad, la lucha contra la injusticia, la austeridad, el espíritu de sacrificio, etc., son los más altos valores humanos. Por ello, sintetiza perfectamente Folliet cuando escribe: "Las leyes morales de la cultura humana rigen la cultura popular" (4). Nuestra actitud ha de empezar por un enorme respeto. ¡Ojalá llegue a una profunda encarnación en las esperanzas y en la lucha de este pueblo! Al menos, nuestra contribución ha de ser de servicio, de apoyo, de disponibilidad a la causa del pueblo. De lo contrario y parafraseando su afirmación, caeremos en la triste situación que señala un ensayista francés: "Todo lo que no está al servicio del pueblo, está ya al servicio de aquello que les oprime" (5).

notas

- (1) J. Folliet. "El pueblo y la cultura". Editorial Popular. Madrid. Pág. 65.
- (2) Cfr. Revista "Mundo Social" n.º 126.
- (3) M. Camacho. "Cuadernos para el diálogo" 32 (Mayo 1966) 13.
- (4) J. Folliet. Idem. Pág. 67.
- (5) Denis de Rougemont, citado por E. Mounier: "Manifiesto al servicio del personalismo". Madrid. Taurus 1965. Pág. 152.